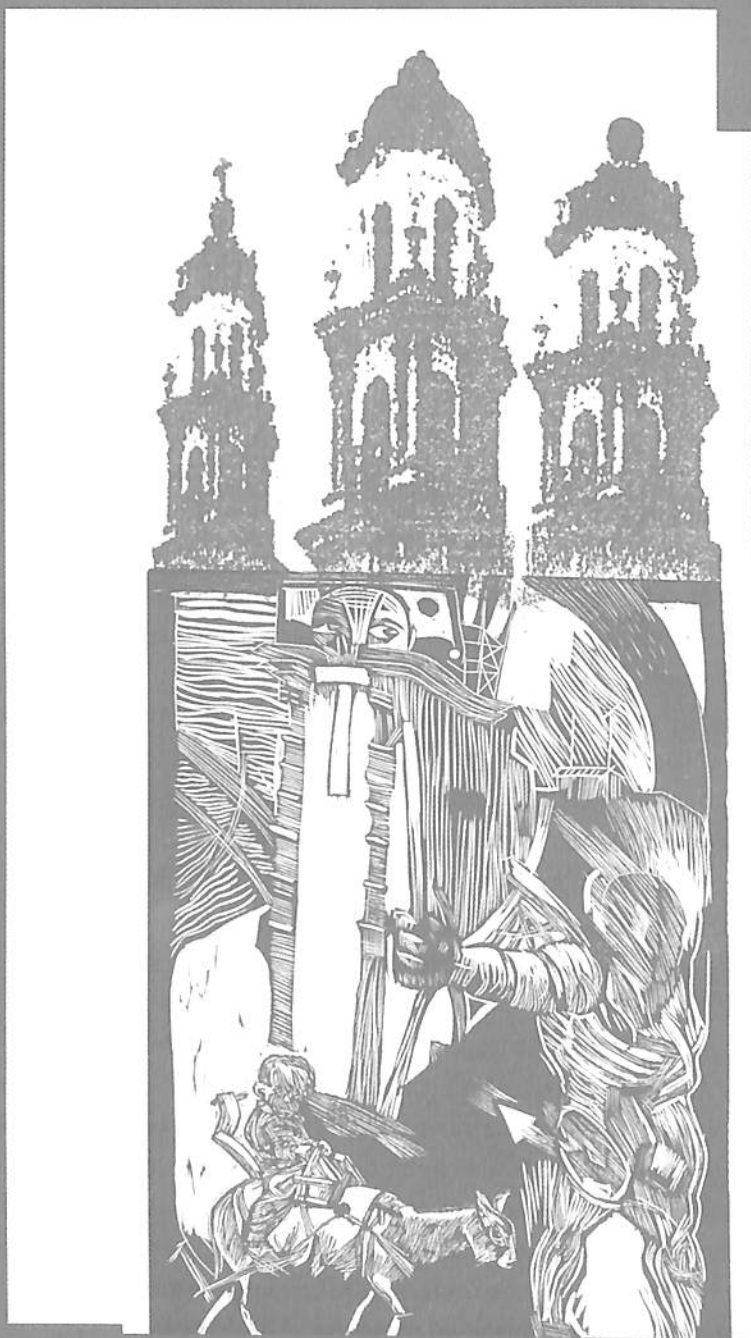




COLMENARIO

BUSCAR LA VERDAD: PRIMER AFÁN UNIVERSITARIO

El *Plan rector de desarrollo institucional 2001-2005* que rige actualmente los destinos de nuestra universidad apunta en el capítulo "Ideario de apertura universitaria" que la búsqueda de la verdad es el primer valor que llama a los universitarios. Dice: "el hombre piensa y hace, es *sapiens* y *faber*. La Universidad Autónoma del Estado de México, como institución educativa, promueve estas posibilidades [...] Ir tras la verdad implica educar e investigar de manera no dogmática, sino con reflexión crítica" (UAEM, 2001). A partir de este planteamiento, evaluaremos los resultados alcanzados: "Consideraremos el conocimiento [la verdad] como un fin en sí mismo, no como un medio para lo útil" (Pelikan, 1992: 37).

Desmenuzaré este valor, sin adentrarme en una epistemología de la verdad, que nos propone el *Plan de desarrollo*, pero primeramente indiquemos las cualidades que debe tener una universidad desde este ángulo.

[La universidad] es el poder protector de todos los conocimientos y de la ciencia, de los hechos y de los principios, de la búsqueda y del descubrimiento, de la experimentación y de la especulación; crea el mapa del territorio del intelecto y ve para que las fronteras de cada provincia sean religiosamente respetadas y que no exista invasión de ninguna sobre otra. Actúa como un imperio entre la verdad y la verdad y tomando en consideración la naturaleza y la importancia de cada una asigna a todas el debido orden de precedencia. (*Ibid.*: 57-58)

Esta cita apunta hacia lo que todos los universitarios de todos los tiempos han defendido como propio: la verdad como meta universal, es decir de todas las ciencias, de todos los saberes, de todas las disciplinas, porque la tarea universitaria es "la reflexión sobre estos saberes, sobre las prácticas sociales, sobre la memoria colectiva" también Basave dice: "Po- ella [la universidad] ayu- para encontrar la verdad la; [es] desenmascara- crítica del saber parcial" (Basave, 1971: 297). Todo este proyecto universitario nos muestra cómo la búsqueda de la ver- dad no es sólo empí- ca, orientada hacia la práctica profesional, sino que es de otro or- den: es epistemoló- gica y es ontológica. Va- mos hacia las raíces para aportar soluciones más radicales.

La revista *Esprit* (París) aplicó una encuesta entre universitarios en 1978, diez años después de la revuelta estudiantil, y entre los comentarios conclusivos leemos: "el acceso libre a la universidad es la promoción individual por el conocimiento [...] La preparación para una profesión sólo va dirigida a un número limitado de personas que se requieren en esta profesión" ("Encuesta", p. 132). Nos confirma que la búsqueda de la verdad es realmente el objetivo más importante, casi exclusivo en la vida universitaria. La formación profesional sólo es para algunos porque ésta se busca en otras instituciones de educación superior. Observamos así cómo la universidad juega un papel muy específico en la sociedad, no proveedora de profesionales sino de seres pensantes y críticos que, finalmente, orientan la nación desde la inteligencia, no desde la política o la economía.

Adquirir un saber no es lo más importante: lo que realmente vale en el aprendizaje universitario es la auto-

nomía del pensamiento, la capacidad para inventar ideas para los que ya han reflexionado sobre este tema y que sea reconocido como verdadero por cualquiera otra persona de buena fe (Cfr. "Encuesta").

Desgraciadamente, la evolución del conocimiento nos ha lle- prioridad

vado a dar a los resul- tados, a los beneficios o simplemente a la comodi- dad y nos ha in- teresado cada vez más la técnica que nos da este bienestar y he- mos olvidado o marginado el es- tudio de la ciencia por su propio va- lor sin buscar en este ejercicio algún provecho. Esta- mos lejos ahora de este deseo que for- mula aún en nues- tros días el investi- gador nacional Ruy Pérez Tamayo cuan- do afirma: "la ciencia es una actividad humana creativa cuyo objetivo es la comprensión de la natura- leza y cuyo producto es el conocimiento [...] la función de la ciencia es crear nuevos pro- blemas, la de la tecnología es intentar resol- verlos [...] la información es el único produc- to de la ciencia, el resultado final de todo tra- bajo científico" (Pérez Tamayo, 1987: 38, 65, 194). El producto de la ciencia es el conoci- miento y podemos cambiar el término por el que la tradición había aceptado: la verdad. Hoy, la verdad ha perdido su valor y su im-

do afirma: "la ciencia es una actividad humana creativa cuyo objetivo es la comprensión de la natura- leza y cuyo producto es el conocimiento [...] la función de la ciencia es crear nuevos pro- blemas, la de la tecnología es intentar resol- verlos [...] la información es el único produc- to de la ciencia, el resultado final de todo tra- bajo científico" (Pérez Tamayo, 1987: 38, 65, 194). El producto de la ciencia es el conoci- miento y podemos cambiar el término por el que la tradición había aceptado: la verdad. Hoy, la verdad ha perdido su valor y su im-



portancia por una razón, entre otras. El siglo XIX vivió embelesado por los avances de la ciencia y se creó una fe en potencialidades no demostradas de la ciencia para resolver todos los problemas de la humanidad. Entramos en el siglo XX y la Primera Guerra Mundial vino a derrumbar este mito. Por otra parte, los mismos descubrimientos científicos sufrieron descabalgos porque la ciencia no es perfecta y cualquier descubrimiento es una nueva hipótesis que abre otros horizontes sin ser la verdad. Además, no es ocioso recordar que el ser humano está abierto a la Verdad Absoluta. Los caminos para llegar a ella no son ni la filosofía, ni las ciencias sociales, ni menos las ciencias de la naturaleza, pero tenemos otras opciones –los sistemas de sabiduría– que pueden adoptarse para esta última etapa en nuestra búsqueda.

La búsqueda de la verdad es por consiguiente, el objetivo de los estudios universitarios. Es preciso dedicar algún momento y esfuerzo para alejarnos de la tendencia actual promovida por instituciones de educación superior, por dependencias gubernamentales y por una opinión pública poco ilustrada en estos temas que consiste en dar mayor relevancia a las escuelas profesionales que a la universidad y, desgraciadamente, esta misma tendencia se encuentra entre los estudiantes universitarios y muchos profesores que no han entendido la razón de ser de nuestra institución. ¿Para qué me “sirve” esta materia? Preguntan algunos alumnos sin entender que el conocimiento adquirido tiene valor por sí mismo, sin necesidad de ser útil para algo. Viene a la mente esta anécdota narrada por Pelikan. Durante la Primera Guerra Mundial una dama reclutadora de soldados entró en la Universidad de Oxford y viendo a un estudiante leyendo le dijo: ¿qué hace usted para salvar la civilización occidental? y el otro le respondió: Madame, yo soy la civilización occidental. La búsqueda de la verdad es la cul-

tura, es ser más y esto es defender los valores que nos son propios. La búsqueda de la verdad tiene consecuencias éticas porque no hay verdad que prospere sin un contexto éticamente bueno, hecho de disciplina y de hábitos.

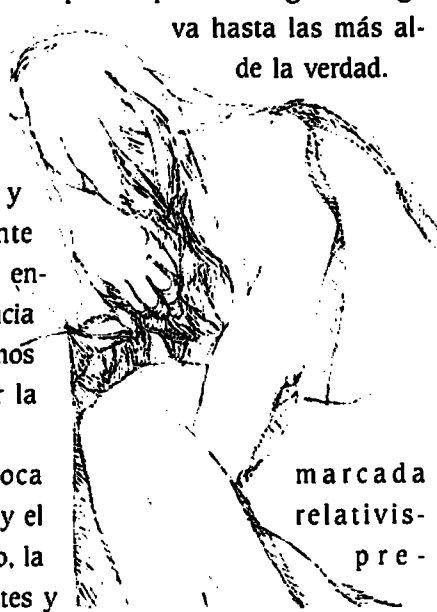
CARACTERIZACIÓN DE LA VERDAD

Maritain afirma: “la verdad que es la atmósfera intelectual y la fuerza inspiradora más necesaria que nunca, es en adelante una verdad objetivamente circunscrita que se diferencia según el objeto propio de cada una de las ciencias y de cada arte particular” (Maritain, 1954: 99-100). Nos indica que en cada disciplina existe la posibilidad de encontrar la verdad a pesar de la especialización. Veremos, sin embargo, que más allá de los saberes parciales la universidad nos interpela para responder a otras búsquedas más profundas.

“La verdad”, afirma Frege, “es manifiestamente algo tan original y tan simple que referirla a algo más simple es imposible” (Frege, 1998: 2723b). Tendríamos que acercar este concepto a otros para hacer una comparación. Lo que queda en este proceso es que debemos aceptar la presuposición de la verdad en una actitud realista, podemos afirmar: este mundo exterior existe, no es un fantasma; reconocemos que hay verdades, somos aptos para la verdad. Desde este punto de partida podemos seguir el largo camino que nos lleva hasta las más altas manifestaciones de la verdad.

La primera pregunta que formula el intelectual crítico y tal vez el estudiante universitario que se enfrenta a esta exigencia académica, es: ¿somos capaces de conocer la verdad?

En nuestra época por el escepticismo y el escepticismo del conocimiento, la pregunta levanta debates y discusiones. Hemos perdido la fe en la razón. Es una contradicción para el mundo universitario porque, si buscar la verdad es la meta principal, es necesario recu-



marcada
relativis-
pre-

rrir a esta facultad intelectual que es la razón. Dudar de sus posibilidades o de su potencialidad es negar la universalidad. ¿No será acaso el fenómeno que vivimos en el que nuestra universidad no sale de su dimensión de escuela profesional? Es evidente que conocemos y el resultado de esta operación mental es la verdad. Aun aquellos que niegan esta capacidad, al afirmar que no podemos conocer la verdad, están manifestando que algo conocen y eso ya es una verdad.

Pero, para hablar de este ideal universitario es necesario aclarar aunque brevemente ¿qué es la verdad? Pregunta metafísica que se encuentra en la base de todo esfuerzo intelectual.

La posición filosófica más cercana al sentido común supone una correspondencia entre los hechos sensibles y lo que se dice o se piensa de ellos. Se distinguen dos clases de verdad. La verdad ontológica que implica una concordancia entre el objeto y su ideal; la verdad lógica que considera la conformidad entre el pensamiento o el lenguaje y la cosa conocida.

Alfred Tarski (Perey, 1998: 2717a) desarrolla esta teoría de la correspondencia que pertenece al pensamiento griego de los orígenes. Muestra que existe cierta dificultad por aceptar la definición sugerida como válida. Tres son estas dificultades. Por una parte, la teoría de la coherencia que confunde la consistencia con la verdad, la segunda es la teoría de la evidencia que confunde verdadero con conocido como verdadero: es diferente afirmar: la nieve es blanca o decir creo que podemos afirmar que la nieve es blanca, y la tercera es la teoría pragmatista que confunde la utilidad con la verdad. La verdad en el éxito, especialmente técnico. Estas tres son teorías subjetivas de la verdad, es decir, epistémicas frente a la teoría de la concordancia de Tarski que es objetiva o "metalógica". Lo objetivo es la verosimilitud, lo subjetivo es la probabilidad.

Podríamos hacer más distinciones (posición empírica o posición idealista, por ejemplo), pero el primer acercamiento bastante tradicional y renovado en las actuales filosofías de la ciencia puede guiarnos en nuestra reflexión sobre este primer valor en la vida universitaria.



El conocimiento humano es propiamente intelectual, no sensible porque compartimos este segundo con otros animales. Conocer entonces es formar una idea; llamamos este proceso abstracción o reducción¹ de la realidad. Sólo hay ciencia en lo abstracto y universal porque la suma de los particulares, objetos individuales, que producirá otro particular de acuerdo a las leyes de la lógica.

La epistemología anglosajona opta por el camino empírico, va de los particulares a los particulares y se desenvuelve en la técnica como resultado de este proceso. Es un camino inverso al sostenido por el Continente² que parte de la teoría para reconocer los particulares aprovechables y se mantiene en el estudio de la teoría en lo propiamente científico.

Además de la abstracción o de la reducción realizamos operaciones de inducción y deducción, combinamos ideas entre sí: son tareas propias de la inteligencia.

Es cierto que el primer paso que llevamos a cabo es la percepción, a través de los sentidos, de la realidad, del mundo exterior. Nada hay en la inteligencia que no haya pasado primero por los sentidos. Sentimos el calor, la forma, la dimensión, pero es la inteligencia la que nos hace pasar al concepto de temperatura o de geometría. La inteligencia no siente. Consecuentemente, no "sentimos" la verdad.

1 Reducción es un término que encontramos en la fenomenología de Husserl. Es propiamente el método de este filósofo a partir del cual encuentra la esencia de lo que pretende conocer.

2 El concepto "Continente" en el contexto filosófico se refiere muy *grosso modo* para marcar la diferencia entre el punto de vista anglosajón representado por Gran Bretaña, donde se origina la palabra continental, frente al bloque Alemania-Francia que encabeza el pensamiento filosófico en ese lado del Channel.

El objeto de la inteligencia es la verdad. Pero no nos quedamos en las ideas, sino que relacionamos estas ideas, estos conceptos con el mundo; la vida intelectual no se desenvuelve sólo entre conceptualizaciones, siempre queda la referencia al mundo material o espiritual concreto y particular. En otras palabras, hay una verdad en las ideas y hay una verdad en las cosas.

Para que conozcamos hace falta, primeramente, que la cosa exista, es decir, que tenga su ser independiente del sujeto que conoce. Notemos aquí que existe una línea de pensamiento filosófico que habla de la existencia como fenómeno mental: todo está en mi mente, yo creo mi mundo, se llama solipsismo en su expresión más radical.

En segundo lugar, hace falta que exista alguien que sea capaz de conocer y, en tercer lugar, que exista una correlación entre sujeto y objeto.

Ahora volvamos a la dimensión de lo subjetivo y lo objetivo de la verdad. Hay quienes dicen, y hoy son muchos, que la verdad es subjetiva. Efectivamente existe la verdad que está en el sujeto y en este sentido es subjetiva porque es el resultado del esfuerzo que hizo para hacerse del conocimiento. Pero también podemos afirmar que es objetiva porque quien conozca conoce la cosa como es, si no, no la conocería realmente. Esta cosa entonces es igual para todos los que la conocen.

Añadamos a esta reflexión que existimos permanentes cambios en nuestra

entorno que perturban muchas mentes y que nos hacen dudar de la verdad que se supone es estable. Hay cambio en la cosa, pero no por eso cambia la verdad. Si la cosa cambia, hay que rehacer el conocimiento porque la verdad está en el adecuación entre mente y cosa.

Existen varias clases de verdad y no deben confundirse. Veamos: es verdad que la Revolución francesa estalló en 1789, es verdad que el agua se compone de hidrógeno y de oxígeno, que dos más dos son cuatro. La primera es una verdad histórica que no puede demostrarse matemáticamente, la segunda es una verdad química y no puede demostrarse con el método empleado en ética, la tercera es una verdad matemática que no puede demostrarse con un método biológico. Por eso hay diferentes ciencias con su campo de aplicación y sus métodos. No podemos limitar la demostración de la verdad a un solo método o a una sola ciencia. Negar las otras verdades porque no caben en los métodos propios de nuestra ciencia es un error; más, es una tontería.

La verdad existe, lo que es lo mismo que decir: algo existe, afirma Jacques Leclercq. "Al hombre le es difícil percibir la verdad cuando se enfrenta a verdades filosóficas, religiosas o morales; pero esta dificultad nada tiene que ver con la existencia de la verdad en sí" (Leclercq, 1964: 190). Afirma que decir "todas las opiniones

son válidas" es un error que corre en las venas de nuestra civilización. Tocamos así una de las características de la

vida universitaria. Es cierto que la

libertad de pensamiento y de expresión es la médula de la búsqueda de la verdad, pero debe considerarse en qué condiciones puede ex-



playarse esta libertad. Son varias las condiciones sociales que deben respetarse: por una parte el respeto del otro y de su pensamiento y, en segundo lugar, la demostración racional del argumento que se propone en contra de otro para extraer del debate entre ellos la verdad, no la victoria de uno sobre el otro. Así entendemos la razón de ser de los encuentros entre estudiantes, maestros, investigadores. El choque de las ideas hace surgir la verdad que no se encuentra solamente en unas afirmaciones pertenecientes a la ciencia normal (Thomas S. Kuhn) o a la dogmática, como dicen los juristas.

VERDAD, CULTURA Y UNIVERSIDAD

Si reconocemos que la búsqueda de la verdad es un proceso cultural, en el que construimos nuestra cultura, del mismo modo podemos afirmar que no todo es cultura. En efecto, la cultura como búsqueda de la verdad es un proceso que algunos llaman iniciático; hay en él etapas, mojoneras, esfuerzo. Esta cultura está en crisis porque la información se adelanta al conocimiento, los signos son más que la razón. Podemos añadir a esta triste visión del mundo escolar actual la memorización que acaba con la creatividad requerida en esta búsqueda de la verdad. Por otra parte, la cultura no sólo nace del conocimiento sino que da al conocimiento su solidez, el conocimiento es integrado gracias a la cultura. Sin ella el hombre se encuentra ante piezas diminutas que sirven para la información pero no se integran a una totalidad. De nuevo, reflexión para la vida universitaria: si las materias enseñadas no son soldadas en un marco cultural, formamos solamente a técnicos de soluciones inmediatas, sin proyección y la presencia en el mundo de tales profesionales se reduce a la aplicación de estas técnicas.

El progreso científico nos invita a pensar en la dificultad que encierra referente a la verdad. El universitario pone todo en el crisol de su crítica, aun los descubrimientos científicos. El progreso científico no nos ciega, nos insertamos en la corriente que produce.

Los avances en el conocimiento se dan por partes, por parcelas y se descubren caras distintas de la realidad, sin visión de conjunto. A veces ni siquiera el científico se da cuenta del lugar que ocupa su descubrimiento en el conjunto. De ahí, dice Leclercq, las obsesiones, hoy una, ma-

ñana otra. Un botón de muestra en nuestro medio: las teorías educativas adoptadas por la educación pública y aplicadas en las escuelas primarias y el caos subsecuente, además del empobrecimiento de la educación.

Estas últimas dos reflexiones versan sobre nuestra vida universitaria. Por una parte, habrá ciencia en todas las áreas del conocimiento cuando seamos capaces de pasar a la abstracción; sin ello nos quedamos en un conocimiento de los particulares, como lo manifestamos, que conduce a la aplicación técnica, ciertamente útil, pero no a la ciencia. Por otra parte, la urgente necesidad de ampliar la visión de los científicos, de todos los científicos, sean ellos de ciencias de la naturaleza como de las ciencias sociales para que sus descubrimientos se ubiquen dentro del conjunto que es la visión del mundo que nos proporciona la vida universitaria. El ingeniero sabrá de las ciencias políticas o geográficas y el historiador sabrá de los avances de las matemáticas puras. No hay motivo para privar al químico o al biólogo de un conocimiento en el que el hombre sea más que la naturaleza y el espíritu más que la materia. Sin esta apertura de la mente que se obtiene con la lectura, la participación en mesas redondas, la asistencia a conferencias, nuestra universidad se quedará en el nivel elemental de escuela profesional o técnica. La búsqueda de la verdad es un proceso de apertura de la mente.

“Desde hace siete siglos las universidades vienen siendo en sus mejores épocas y en todas partes el recinto especialmente dedicado al cultivo de la inteligencia [...] Han sido los centros preocupados por la búsqueda y la difusión de la verdad” (Benítez, 1964: 84). La mera formación profesional que se desentiende de esta búsqueda que tiene como meta la unidad del saber se aleja de lo propiamente universitario que es ante todo académico (Cfr. Basave, 1971). La misma cultura es más que

el conocimiento porque es unión de las ideas. La síntesis es el objetivo que se persigue en la universidad contra la dispersión, el mariposeo o la división de las ciencias que nos ha dejado Napoleón. La especialidad es ciertamente necesaria para el progreso de la ciencia, pero lleva en sí un grave peligro: el alejamiento de la cultura.

¿Cómo alcanzamos el conocimiento verdadero? Mounier, con su profundo sentido del compromiso social, afirma: "porque el hombre está siempre comprometido, y el compromiso del sujeto cognoscente, lejos de ser un obstáculo, es un medio indispensable del conocimiento verdadero" (Mounier, 1980: 44b). Sufrimos de una falta de compromiso, pocos toman en serio la palabra dada, la reflexión seria, el debate de ideas. Nos escapamos hacia la narración de datos particulares (chisme) porque no nos atrevemos a entrar en la búsqueda de la verdad. "La verdad les hará libres" afirmaba San Juan y tal vez encontremos en este aserto la razón de nuestro debilitamiento ante la verdad. Nos asustan la verdad y la libertad y preferimos la superficialidad de las sensaciones. La universidad no puede dejarse llevar por esta desorientación.

Nuestro país hoy más que nunca requiere de hombres y de mujeres formados mediante el pensamiento y la inteligencia crítica, lo que es la búsqueda de la verdad para ser independientes y capaces de discernimiento. Saber discernir es la característica esencial junto con el amor de la vida en comunidad, el más alto nivel de desarrollo de la persona.

¿Cuáles son los contenidos de esta verdad que buscamos? William Bennett nos orienta cuando formula las preguntas a las que la vida universitaria debe dar respuesta más allá de la verdad que reside en la propia disciplina. ¿Qué es la justicia?, pregunta que interesa a todos los seres humanos, respondida desde el ángulo del derecho, por supuesto, pero más desde la ética; importa a todos saber qué

es para comportarse de acuerdo a este descubrimiento. La segunda pregunta es ¿qué debería ser amado? En otras palabras, ¿cuáles son los intereses verdaderos, los anhelos más humanos, los valores que guiarán nuestra acción? La siguiente: ¿qué merece ser defendido? Un mundo se abre, el de los valores, de nuevo, corazón de la formación universitaria. ¿Por qué darías la vida? Más adelante pregunta: ¿qué es el valor [coraje]?, ¿qué es lo noble?, ¿por qué la civilización florece y por qué declina? (Bennett, 1991: 2). Estas preguntas definen el objetivo de nuestra búsqueda centrada en el quehacer del hombre en el mundo. Son también preguntas que nos ubican en la cultura y cerramos el círculo que marca la función de la universidad.

La especialización demandada por el avance de la ciencia y de la tecnología ha provocado una de las causas de las dificultades sufridas en el mundo moderno. La mayoría de las personas ya no sabe qué es la verdad y se atreve a juzgar aisladamente (Irigaray, 1993: 28). Ahí reside la responsabilidad para la universidad y para los universitarios de responder a esta demanda. Las respuestas técnicas que son inmediatistas y no proyectan hacia metas más lejanas no llenan la expectativa de hombres y mujeres que deben decidir sus vidas. La publicidad comercial llena un espacio, los medios de difusión otro, pero ninguno alcanza la calidad por su plenitud de la voz universitaria cuando efectivamente proviene de la profundidad de la reflexión, el análisis y la crítica del pensamiento común, de las opiniones, de los juicios temerarios.

ACTITUDES ANTE LA VERDAD

Decir la verdad es la segunda responsabilidad del ser humano, más del universitario que se ha dedicado a buscarla.

La verdad es primeramente el acuerdo entre el pensamiento y la palabra, pero es también la creación de la comunidad de los hombres. Comporta rectitud y sencillez; sus contrarios son la doblez y la perfidia. La doblez es el defecto de la persona que finge o engaña y la perfidia se aplica al que engaña a los que confían en él. La franqueza que es la actitud adversa, moralmente recta, no busca la propia estima, sabe pagar las molestias que ocasiona el compromiso con la verdad. Decir la verdad compromete; nos asustamos ante este compromiso aun cuando estemos preparados para conocer y divulgar la verdad.

Cerca de la franqueza está la apertura del corazón, opuesta al disimulo que es el ocultamiento de las intenciones y de las acciones. Matiza la franqueza la discreción, otra virtud que la ética de la verdad nos impulsa a desarrollar.

"Deseamos la verdad y no encontramos más que la incertidumbre" (Pascal, 1984: 270). Además de los errores que cometemos, engañamos, no siempre involuntariamente. La universidad es el lugar donde pueden evitarse estos errores y donde pueden corregirse estas faltas. La primera falta contra la verdad no es consciente, es el error; la opinión no ilustrada, decían los griegos. El hombre es falible por lo que caer en el error es frecuente; por esta razón, en la vida universitaria la búsqueda de la verdad se encuentra enmarcada en el aprendizaje de métodos de conocimiento que reducen las posibilidades de error. La responsabilidad del universitario reside en el aprovechamiento óptimo de estos métodos para reducir al máximo las posibilidades de error. El estudio, la reflexión y, a veces la memorización, son las actividades intelectuales de la que echamos mano para alejar el error. "El examen minucioso, la búsqueda de la objetividad, el ejercicio de la razón crítica, la desconfianza hacia la facilidad y hacia las reacciones pasionales" (Anónimo, 1992: 28) resumen la actitud adecuada ante la tarea de buscar la verdad. No es castigo aun cuando sea arduo; es placer de aprender y gusto por buscar: funciones éstas de la universidad.

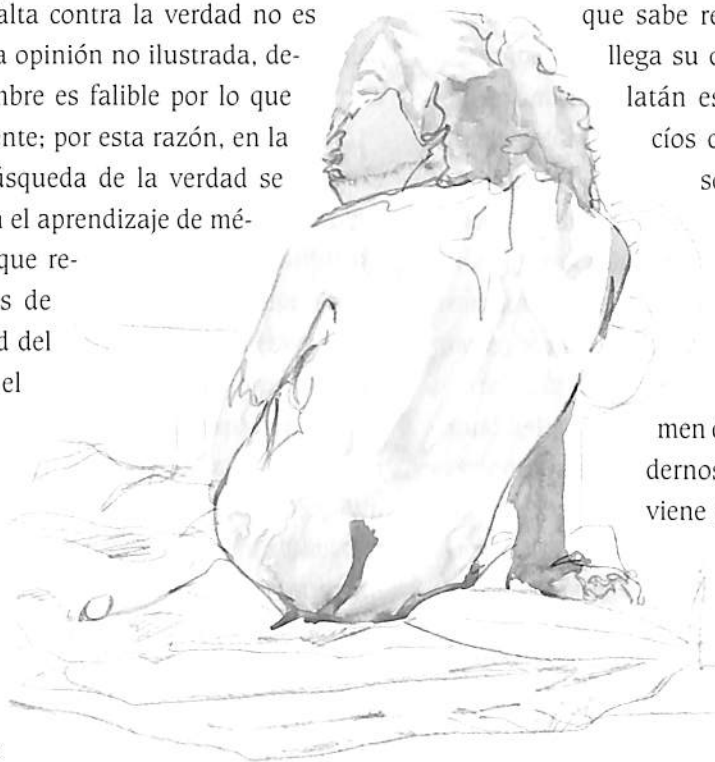
Conscientemente cometemos faltas contra la verdad al decir mentiras. San Agustín en su *De mendacio* dice un no rotundo a cualquier clase de mentira; sin embargo, con el tiempo irá precisando su pensamiento en su *Contra mendacium*. La mentira empieza en la palabra que se sabe errónea por quien la expresa y que incluye implícitamente la intención de engañar.

Nuestra sociedad vive en la insinceridad; es casi un sistema, una estrategia; es un peligro para la civilización.

En el medio intelectual puede ser un cambio en los resultados de un experimento para que cuadre con la teoría; puede ser fruto de la ignorancia que se oculta en la mentira; puede ser también la prepotencia de quien hace creer que todo lo sabe y se inventa, miente, sobre lo que no sabe. El profesional es el que sabe reconocer hasta dónde llega su conocimiento. El charlatán es el que llena los vacíos con mentiras sobre sí, sobre su situación, sobre su quehacer.

Horkheimer indica una suerte de falta a la verdad cuando dice: "el crimen de los intelectuales modernos contra la sociedad no viene tanto de su desprendimiento, sino más bien del hecho de que sacrifican las contradicciones y las complejidades del

pensamiento a las exigencias de un pretendido sentido común" (Horkheimer, 1974: 94). Reducir la verdad es lo que se plantea, simplificarla para alcanzar un objetivo meramente práctico. El intelectual menos que cualquier otro puede permitirse caer en este defecto porque ahí, precisamente, está su principal responsabilidad. Y Horkheimer sigue: "eso es lo que se expresa en el odio [...] del pensamiento extraño e inhabitual y aun en el odio del pensamiento propiamente dicho, cuando éste persigue la verdad más allá de las fronteras fijadas por exigencias de un orden social dado. Hoy, el pensamiento está obligado demasiado frecuentemente a justificarse por su utilidad para



algún grupo establecido más que por su verdad" (*Ibid.*). La lucha permanente del universitario está en la defensa y promoción de la verdad, tarea difícil porque los compromisos sociales y económicos nos callan y el deber de orientar la sociedad (somos conciencia de la sociedad) no se cumple a cabalidad. La universidad se debilita de esta forma y la sociedad pierde una luz necesaria.

Un aspecto poco considerado en la educación y que cabe en esta reflexión sobre la mentira es el secreto. Son varias las clases de secreto de acuerdo a las circunstancias en las que debe guardarse la información y no divulgarla.

Tenemos, en primer término, y común a todos y en todas las circunstancias: el secreto natural. Nos imponemos discreción a todo aquello que al ser divulgado provocaría injusticia o dañaría el amor. En esta categoría entra el llamado chisme que es la narración a quien quiere escuchar precisamente las intimidades de terceros que la virtud de la justicia callaría.

También válido para todos porque en cualquier momento podemos encontrarnos ante esta exigencia es el secreto prometido. Este secreto se aplica a aquello que nos comprometimos callar, aún si no estamos obligados a callar. Muy frecuentemente necesitamos comunicar a otro alguna información que nos pesa guardar solos o para lo cual requerimos una ayuda. Podemos comunicar al otro lo que normalmente se callaría pidiendo el compromiso del silencio. El que acepta este compromiso amplía su responsabilidad ante la justicia y el amor. Divulgar este secreto podría considerarse como una falta grave contra la persona amiga que nos pidió este apoyo.

En este caso, si la razón por la que se prometió desaparece, no debe guardarse el si-

lencio o si un bien más elevado exige la revelación del secreto.

Existe una variante al secreto prometido: es el secreto confiado. Este secreto concierne todo aquello cuyo conocimiento ha sido adquirido bajo la condición de guardar el secreto. Aquí la solicitud de silencio es previa a la narración de lo que deberá callarse. El silencio es condición de la comunicación. El compromiso adquiere más fuerza aun que en el secreto anterior.

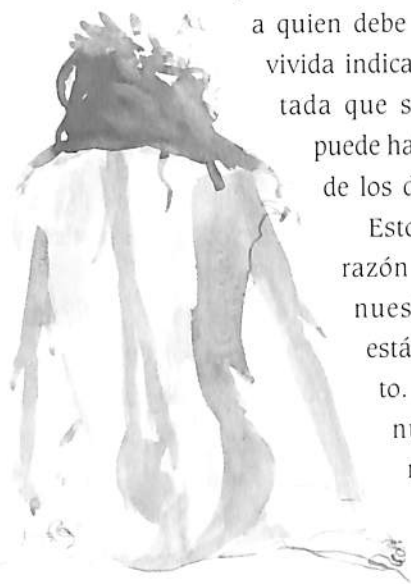
El caso más importante del secreto confiado es, cuarta categoría, el secreto profesional (médicos, abogados, maestros...). Por la actividad que desarrollamos es necesario conocer ciertos datos de la vida personal, de las condiciones sociales o económicas, de antecedentes de salud o de relaciones para poder actuar adecuadamente. Un médico que no recibiera la información que permite un diagnóstico correcto no podría cumplir con su función.

El silencio es a veces muy difícil de guardar cuando la información implica penas aplicadas por los tribunales (delincuentes) o una epidemia probable (enfermos). El silencio sigue siendo obligatorio y la tarea de quien recibe el secreto consiste en lograr, por convencimiento, que el portador del mal moral o físico dé los pasos correspondientes y por sí mismo diga la verdad a quien debe oírlo. La justicia y el amor son, de nuevo, las razones por las que en última instancia podría revelarse

a quien debe revelarse la situación vivida indicando a la persona afectada que se dará este paso. No puede haber engaño de ninguno de los dos lados.

Estos secretos tienen una razón de ser. El respeto de nuestra propia intimidad está en el origen del secreto. Al divulgar demasiado nuestro interior, podemos producir escándalo, comprometer nuestras resoluciones. Si tenemos la voluntad

de hacer algo específico o cambiar una costumbre (fumar, por ejemplo) corremos el riesgo de vernos humillados por no haber alcanzado la meta propuesta; tenemos derecho





al silencio de los demás. El respeto al otro se da por los mismos motivos. Es una de las manifestaciones de la dificultad de ser hombre. Necesitamos de los demás, pero sólo al hombre discreto se le confiará la intimidad.

Existen, por consiguiente, deberes para con el secreto. En primer lugar, no tratar de descubrirlo; la curiosidad puede llevarnos a actuar indebidamente. Sólo en el respeto convencido hacia la persona, hacia el ser humano en general, y en particular hacia quien nos hace confianza, podremos defendernos de esta malsana curiosidad.

En caso de enterarse del secreto por accidente, tampoco podremos hacer uso de él, aun cuando no haya promesa directa al interesado, sino, de nuevo, por la justicia y el amor.

Si es necesario comunicar por las razones indicadas habrá que seguir guardando mucha prudencia y no comunicar ciegamente; más aun podemos considerar, dada la importancia de esta actitud, defender el secreto porque es un valor en las relaciones interpersonales.

CONCLUSIÓN

La universidad se ennoblecce cuando se la concibe como una comunidad académico-humana cuya misión es la formación integral del hombre. No se puede restringir su

acción exclusivamente a la formación intelectual, profesional, social o física. Su ideal debe integrar la totalidad de estos elementos propios de la actividad humana. Las grandes manifestaciones de un espíritu creativo, que enaltecen al ser humano, están precisamente vinculadas al papel y las tareas que tiene asignada la universidad por su misma naturaleza.

El hombre piensa y hace, es *sapiens* y *faber*. La universidad como institución educativa fortalece estas posibilidades. Una carrera profesional es la preparación inicial para incorporarse al *hacer* con las habilidades que la sociedad informada ha adquirido y algo más, es fortalecer en una persona su deseo de saber, ayudarlo en la búsqueda de la *verdad*.

Ir tras la verdad implica enseñar e investigar de manera no dogmática, incluyendo al dogmatismo científico; es cuestionar todo. Esto es actuar con pensamiento abierto a la cotidianidad del error, estar dispuesto a modificar las afirmaciones cuando ya no son aceptables.

La búsqueda de la verdad está dentro de un proyecto ético que identifica al universitario. De lo anterior se deriva la cercanía entre *verdad* y *espíritu crítico*. El espíritu crítico comienza a ser aplicado en las propias ideas; defendemos una idea, un proyecto, siendo consciente de su fortaleza y de su debilidad: hábito adquirido en la práctica universitaria.

La duda, que no es escepticismo, es un componente esencial en la búsqueda de la verdad, porque el universitario desarrolla la capacidad crítica que le permite discernir en la duda y retener lo que es esencial y veraz.

Buscar lo esencial que también es un rasgo de la búsqueda de la verdad, nos coloca ante las grandes preguntas de la humanidad para las que tendremos que aportar elementos de discernimiento. En esto reside el corazón de la vida universitaria y la significación más plena de esta institución. **LC**



BIBLIOGRAFÍA

- Anónimo (1992), Reseña crítica de Marc Fumaroli, "L'Etat culturel. Essai sur une religion moderne", en *Bulletin des amis d'Emmanuel Mounier*, N° 77, mars.
- Basave Fernández el Valle, Agustín (1971), *Ser y quehacer de la universidad: estructura y misión de la universidad vocacional*, Monterrey, UANL, xiii.
- Benítez, Jaime (1964), *Ética y estilo de la universidad*, Madrid, Aguilar.
- Bennett, William (1991), *To reclaim a Legacy, 1984*, citado por Tristan Engelhardt, *Bioethics and Secular Humanism*, London, SCM Press, xvii.
- Encuesta en *Esprit*, nov-dic 1978 (11, 12).
- Frege Friedrich, Ludwig Gottlob (1998), *Investigaciones lógicas I*, citado por Gérard Guest, "Présupposition de la vérité", en *Encyclopédie philosophique universelle, Les notions philosophiques*, Paris, PUF, 2ª ed. 5 tomos.
- Guest, Gérard (1998), "Présupposition de la vérité", en *Encyclopédie philosophique universelle, Op. Cit.*
- Horkheimer, Max (1974), *L'éclipse de la raison*, Paris, Payot.
- Irigaray, Luce (1993), *Je, tu, nous*, New York, Routledge.

- Leclercq, Jacques (1964), *La libertad de opinión y los católicos*, Barcelona, Estela.
- Maritain, Jacques (1954), *La educación en este momento crucial*, Buenos Aires, Desclee de Brouwer, 2ª ed.
- Mounier, Emmanuel (1980), *El personalismo*, Buenos Aires, EUDEBA, 12ª ed.
- Pascal, Blaise (1984), *Pensamiento*, Madrid, Sarpe.
- Pelikan, Jeroslav (1992), *The Idea of the University*, New Haven, The University Press, x.
- Perey, Marie Hélène (1998), "Vérité", en *Encyclopédie philosophique universelle, Op. cit.*
- Pérez Tamayo, Ruy (1987), *Acerca de Minerva*, México, SEP-FCE.
- San Juan, *Evangelio*, cap. 8: v. 32.
- Thibaut, Paul (1978), "Université", en *Esprit*, nov-dic, N° 11-12.
- Universidad Autónoma del Estado de México (2001), *Plan Rector de Desarrollo Institucional 2001-2005*, Toluca, UAEM.